

Modelos bíblicos de mujer: Sara¹

Biblical models of womanhood: Sara

María del Pilar Mendoza-Ramos

mmendoza@ull.edu.es

María del Pilar Lojendio-Quintero

Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas, IEMYR, Universidad de La Laguna
mplojen@ull.edu.es

Palabras clave: Arquetipo, mujer, Biblia, salvación, Edad Media, educación.
Keywords: Archetype, woman, Bible, salvation, Middle Ages, education.

La historia de Abraham y Sara se cuenta en el libro del *Génesis* entre los capítulos XII y XXV bajo el título ‘Historia de los patriarcas: Abraham’; la narración comienza con la partida a la tierra prometida y termina con la muerte del patriarca. No obstante, es en los capítulos XII, XVI, XVII, XVIII, XX, y XXI donde el personaje femenino, Sara, que es el objeto de nuestro estudio, tiene un papel más destacado. Desde el punto de vista estructural podemos observar ciertos paralelismos; primero entre los capítulos XII y XX, en ambos Sara es entregada en una primera instancia al Faraón de Egipto y luego al rey de Guerrar, Abimelek, haciéndose pasar por hermana de Abraham; y, en segundo lugar, entre los capítulos XVI y XXI; en el primero de ellos, Agar, la esclava de Sara, embarazada del hijo de Abraham huye al desierto por el maltrato que le inflige Sara; en el capítulo XXI, tiene lugar la expulsión de Agar como consecuencia de las burlas que le dirige Ismael, hijo de Agar, a su hermanastro Isaac.

¹ Trabajo enmarcado en el Proyecto de Investigación Modelos femeninos en los tratados didácticos medievales dirigidos a mujeres (Ayudas para potenciar la actividad investigadora en Ciencias Sociales y Jurídicas, Arte y Humanidades. Plan propio del Vicerrectorado de Investigación 2016) y en el Proyecto de Investigación FFI2016-76165-P de ayudas a Proyectos de I+D correspondientes al Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, Subprograma Estatal de Generación de Conocimiento, Plan Estatal de Investigación Científica y Técnica y de Innovación 2013-2016.

La narración cuenta cómo el dios Yahvé le ordena a Abraham a partir a la tierra de Canaán con la promesa del nacimiento de una gran nación, una gran estirpe y un gran nombre para Abraham y los suyos. Abraham parte con su mujer Sara y con su sobrino Lot. Al no conseguir tener descendencia, Sara le propone a su esposo que se acueste con la esclava Agar, de origen egipcio, con la que concebirá un hijo. Pero, Sara, al advertir en la esclava embarazada una actitud de superioridad, la expulsa de su tierra. No obstante, la intervención de Yahvé hace que Agar regrese con actitud humilde junto a sus amos. Más tarde, la espera de Sara se verá recompensada con la venida del hijo que ya había vaticinado Yahvé: Isaac. Cuando tiene lugar el nacimiento, Sara expulsa nuevamente a la esclava con Ismael, su hijo, para que no comparta herencia con el hijo legítimo.

La historia de Sara tal y como se narra en el libro del *Génesis* revela las cualidades femeninas más apreciadas en la época: belleza, castidad, sumisión, obediencia y sabiduría, pero también, soberbia, celos y crueldad. La imagen de Sara se perpetúa alabada por tales cualidades no sólo en el antiguo testamento, principalmente en el libro del *Génesis*, sino también en los padres de la Iglesia para los que Sara se convierte en modelo de imitación para las mujeres cristianas.

Si nos centramos en el aspecto externo, es, sin duda, la belleza femenina uno de los rasgos que con más frecuencia se realzan. No obstante, tal consideración resulta de la percepción masculina, los cánones establecidos se han conformado de acuerdo con la concepción patriarcal del mundo, de tal manera que el arquetipo creado por el hombre trasciende a este para constituirse en rasgo estrechamente ligado al mundo femenino. La apariencia femenina constituye un elemento primordial en la visión de la mujer como objeto.

En este sentido, se alude en dos ocasiones a la belleza de Sara (Gn XII, 11 y 15), pero siempre desde la perspectiva masculina; su esposo Abraham y los hombres del Faraón destacan su aspecto físico hasta el punto de ser digno de alabanza, aunque no existan elementos que nos indiquen qué atributos concretos se destacan. Abraham y Sara se dirigen a Egipto acuciados por el hambre, antes de entrar en la ciudad Abraham le dice a su esposa que se haga pasar por su hermana, pues si los egipcios advierten que es su mujer, atraídos por su belleza, lo matarán: “cumque prope esset ut ingrederetur Aegyptum dixit Sarai uxori suae novi quod pulchra sis mulier” (Gn XII, 11). Los egipcios ensalzan la belleza de Sara y por ello la conducen ante el Faraón: “viderunt Aegyptii mulierem quod esset pulchra nimis et nuntiaverunt principes Pharaoni et laudaverunt eam” (Gn XII, 15).

En los escritores cristianos, Sara se convierte en *exemplum* para las mujeres creyentes. Tertuliano advierte que la belleza es peligrosa, porque atrae daño y violencia en aquellos que la persiguen. El escritor africano refrenda su opinión haciendo alusión al pasaje en donde se narra la huida de Sara y Abraham a Egipto:

Nam etsi accusandus decor non est ut felicitas corporis, ut diuinae plasticae accessio, ut animae aliqua uestis bona, timendus est tamen uel propter iniuriam et uiolentiam sectatorum: quam etiam pater fidei Abraham in uxoris suae specie pertimuit et sororem mentitus Saram salutem contumelia redemit. (*De cultu feminarum* II, 2)

Por su parte, Ambrosio de Milán representa a Sara no sólo como una mujer bella, sino también virtuosa. Estos atributos, belleza y castidad, que en numerosas ocasiones aparecen juntos, resultan peligrosos, según Ambrosio, pues suelen excitar el deseo de los hombres licenciosos. El autor cristiano hace referencia también al episodio de Egipto poniendo en el mismo nivel tales atributos:

Advertebat inter huiusmodi viros intutam uxoris pudicitiam fore, sibique coniugis pulchritudinem periculo futuram: monuit uxorem, ut sororem se diceret. Non enim tam pulchritudo mulieris, quam virtus eius et gravitas delectat virum. (*De Abraham*, I, 6)

Desde el comienzo del relato, se hace patente un orden del mundo que descansa en aspiraciones masculinas, pero que de forma tácita implica a la mujer. “La re(visión) de las historias de Gn 16-21 deja al descubierto que las mujeres son vistas, no *desde* y *por* ellas mismas, sino que, en realidad, son *construcciones masculinas*” (Estévez, 2004, p. 807). En efecto, Yahvé se dirige a Abraham pidiéndole que abandone su pueblo y se encamine a la tierra prometida, bajo la promesa de ser el iniciador de una gran estirpe. Sara acata obedientemente las decisiones de su esposo sin expresar su opinión, ni, por supuesto, ser consultada, a pesar del papel relevante que tiene en esta historia:

dixit autem Dominus ad Abram egredere de terra tua et de cognatione tua et de domo patris tui in terram quam monstrabo tibi faciamque te in gentem magnam et benedicam tibi et magnificabo nomen tuum erisque benedictus benedicam benedicientibus tibi et maledicam maledicentibus tibi atque in te benedicentur universae cognationes terrae. (Gn XII, 1-3)

La imagen de Sara que nos transmite el *Génesis* es el reflejo de una mujer obediente y sumisa. Tanto en la partida hacia la tierra prometida como en el episodio de Egipto, Sara en silencio obedece la decisión de su esposo sin mostrar ningún tipo de oposición, a pesar de los peligros a los que se puede exponer, tanto en tierras desconocidas, como principalmente en la corte egipcia, donde su esposo le pide que se haga pasar por su hermana, para evitar ser asesinado: *dic ergo obsecro te quod soror mea sis ut bene sit mihi propter te et vivat anima mea ob gratiam tui* (Gn XII, 13).

También Pedro destaca el carácter obediente de Sara, en su opinión las buenas cristianas deben ser castas y obedientes, preocuparse por su espiritualidad, frente a los adornos externos, como hacían las santas mujeres entre las que se encontraba Sara. Es, por tanto, ejemplo de castidad y obediencia y sirve como modelo para las buenas cristianas que deben seguir su forma de comportamiento: “... sicut Sarra oboediebat Abrahae dominum eum vocans” (*Epistula* I, 3, 6).

Por su parte, Ambrosio de Milán alaba la actitud de Sara como modelo de esposa, pues puso en peligro su castidad para salvar así la vida de su cónyuge:

Sara [...] virum proprium quocumque pergeret, sequebatur: externa adiit, sororem se eius adseruit, contenta si ita esset necesse, se periclitari pudore, quam virum salute. (*De Abraham libri duo*, I, II, 6)

Tras este difícil trance, el dios Yahvé interviene para que la castidad de Sara no se vea comprometida. Así lo refieren Ambrosio de Milán y Agustín, que no condenan en ningún momento la actitud de Abraham con respecto a su esposa:

Nam [Deus] quia [...] uxorem quoque in periculum deduxit pudoris, etiam castimoniam conjugii defendit. (*De Abraham libri duo*, I, II, 9)
 ... absit ut credamus alieno concubitu fuisse pollutam, quia multo est credibilis hoc Pharaonem facere adflitionibus magnis non fuisse permissum. (*De civitate dei*, XVI, 19)

Sin embargo, el proyecto diseñado por la divinidad corre peligro, Sara está imposibilitada para cumplir el objetivo impuesto. Las mujeres del *Génesis* (Sara, Rebeca, Raquel y Lía) cargan sobre su feminidad la promesa de Israel (Calduch-Benages, 2008, p. 12). En este sentido, se produce la imbricación entre el proyecto masculino y la realización de ese proyecto que deberá pasar inexcusablemente por las mujeres. Historia patriarcal y procreación forman parte de un mismo propósito, de tal forma que no puede existir la una sin la otra. Sara es mujer en cuanto que tiene capacidad para engendrar (Calduch-Benages, 2008, p. 12).

Sara deseosa de dar cumplimiento al proyecto diseñado por la divinidad y, ante su incapacidad para procrear (“ecce conclusit me Dominus ne parerem” [Gn, XVI, 2]), toma la iniciativa intentando paliar ese trascendental obstáculo. Concedora de la relevancia que tiene la descendencia en el plan diseñado por Dios y consciente de su esterilidad, no duda en proponerle a su esposo que engendre en su esclava Agar un hijo, poniendo así por encima la responsabilidad del patriarca.

Al principio del relato Sara se limita a acatar las órdenes de su marido por muy peligrosas que estas fueran, como ya hemos señalado, pero, acorralada por su esterilidad, busca la salida al proyecto del patriarca. Se eleva en este momento la voz resuelta de Sara, dispuesta a escribir una página de la historia: “ingredere ad ancillam meam” (Gn XVI, 2). Por primera vez en el relato, la protagonista toma sus propias decisiones, aunque es cierto que en función del proyecto planificado por el patriarca.

Será, por tanto, en el ámbito doméstico en donde conoceremos a Sara, ella manifestará alegrías, tristezas, acuerdos y desacuerdos. Así, una vez que Agar se queda embarazada de Abraham, se produce un enfrentamiento entre ambas mujeres, pues, en palabras de Sara, Agar le ha perdido el respeto. Agar, esclava, extranjera y mujer, ha conseguido lo que Sara no ha logrado: engendrar el primogénito para Abraham. Cuando Sara hace partícipe a su esposo de esta situación, el patriarca le otorga a Sara todo el poder de actuación: “Abram ecce ait ancilla tua in manu tua est utere ea ut libet” (Gn XVI, 6). Como afirma M. Bremer, dentro de la familia la esposa ocupa una posición de relativa influencia y libertad (1967-68, p. 40).

Tras el nacimiento de Isaac, se produce el segundo enfrentamiento entre ambas mujeres; Sara, para evitar que Ismael comparta la herencia de su hijo, se dirige a su esposo instándolo a que expulse a la esclava. Este, apesadumbrado, recibe de Dios el consejo de que escuche a su esposa: “omnia quae dixerit tibi Sarra audi vocem eius” (Gn XXI, 12). Sin duda, Sara goza de una consideración muy diferente de la que se transmite al principio de la historia. Las palabras de

la divinidad aconsejando a Abraham que siga las recomendaciones de su esposa, sin duda, muestran otro de los valores destacados de Sara: la sabiduría.

De acuerdo con las leyes terrenales, Agar engendra a Ismael, pero Sara, gracias a la intervención divina, concibe a Isaac, presagiando así a la virgen María. No obstante, el *Génesis* nos transmite también a una Sara incrédula que se ríe cuando la divinidad le anuncia que tendrá descendencia a una edad muy avanzada: “[Dominus] dixit [...] habebit filium Sarra uxor tua quo audito Sarra risit” (Gn XVIII, 10). Más adelante, reirá Sara esta vez de alegría cuando engendre a Isaac: “dixitque Sarra risum fecit mihi Deus quicumque audierit conridebit mihi” (Gn XXI, 6). Sin embargo, Pablo de Tarso destacará la fe de Sara, gracias a la cual recibe fuerzas para concebir “(fide et ipsa Sarra sterilis virtutem in conceptionem seminis accepit etiam praeter tempus aetatis quoniam fidelem credidit esse qui promiserat”; *Epistula ad Hebraeos* 11, 11).

Pablo de Tarso incide en la interpretación simbólica de las dos figuras femeninas, por un lado, Agar engendra de forma natural a Ismael, pero su destino será la esclavitud, no obstante, Sara engendra gracias a la promesa a Isaac para la libertad:

scriptum est enim quoniam Abraham duos filios habuit unum de ancilla et unum de libera sed qui de ancilla secundum carnem natus est qui autem de libera per repromissionem quae sunt per allegoriam dicta haec enim sunt duo testamenta unum quidem a monte Sina in servitum generans quae est Agar Sina [...] illa autem quae sursum est Hierusalem libera est quae est mater nostra. (Gálatas 4, 22-26)

Agustín retoma la interpretación simbólica de Pablo de Tarso en donde Sara representa la Jerusalén celestial, es decir, la ciudad de Dios. “... Sarra illa superna Hierusalem, hoc es civitatis Dei, figuram gerit” (*De civitate dei* XVI, 31...). Para Rabano Mauro, Sara es la iglesia que engendra al pueblo cristiano llamado a la libertad:

...est Sarai libera, Ecclesiam significans genuit populum Christianum, qui secundum carnem non est, sed in libertatem vocatus est: qua libertate liberavit eum Christus. (*De universo libri* XXII, II)

La visión que nos transmiten los Padres de la Iglesia de la bíblica Sara subraya todos aquellos valores positivos que deben servir de inspiración y modelo de conducta para las mujeres cristianas. La interpretación simbólica del libro del *Génesis* acerca a nuestra protagonista a la máxima representación femenina cristiana: María.

Dentro del corpus francés de tratados medievales de educación, la historia de Sara recoge las virtudes esenciales que adornan a Sara en la *Biblia* y que, en buena medida, se encuentran en los escritores cristianos. De esta forma, en tratado anónimo *Le Mesnagier de Paris*, se habla de Sara en dos capítulos de la primera parte. En primer lugar, aparece junto a las otras matriarcas bíblicas en el capítulo cuarto, dedicado a la castidad, donde Sara está caracterizada, además de por esta virtud, por otras imprescindibles en la buena esposa como son la modestia y la sensatez.

En segundo lugar, se vuelve a mencionar a Sara en el capítulo quinto donde se trata de la vida conyugal y de esposas ejemplares para enseñar a la joven casada, a quien se dirige el texto, que en el matrimonio la mujer debe ser casta y ante todo ha de amar a su marido. Con el fin de ilustrar este deber femenino, se recuerda la afirmación bíblica sobre el origen de la mujer, es decir, la idea de que “de la coste de l’omme elle [la femme] fut faicte” (p. 156)², abundando así en la idea de la sumisión de la esposa a la voluntad del marido. Para aleccionar todavía más a la receptora del texto, este autor medieval, que, como Le Chevalier de la Tour Landry, cree en la “vertu des exemples” (Lorcin, 1993, p. 237), utiliza los ejemplos bíblico de Rebeca, Raquel y de la propia Sara, de quien, en esta ocasión, habla de manera más exhaustiva. Concretamente narra su historia y presenta su retrato completo basado de nuevo esencialmente en la castidad. Pero esta Sara del texto medieval no se aleja demasiado del personaje ni de la historia que se presentan en la *Biblia*. De esta forma, se destaca su santidad, lealtad, fidelidad y obediencia hacia el esposo, razón por la que Dios la protegió cuando estuvo en manos del Faraón³. Sara da otra vez muestra de su bondad, probidad y de amor leal después de descubrir su infertilidad, cuando ofrece a su sirvienta Agar para que su esposo pueda tener un heredero, lo que, en palabras del autor medieval, la convierten en la esposa “la plus loyale a son mary qui fust des Adam le premier homme jusques a la loy qui fut donnee a Moysse” (p. 162). Finalmente aparece todo el episodio de la maternidad tardía de Sara y, como en la *Biblia*, su gran honradez y bondad no se verán empañadas cuando solicite la intervención de Abraham para evitar que Ismael, el hijo de Agar, actúe en contra de Isaac, su propio hijo, con sus burlas y malas pasadas.

Pese a estas similitudes, el autor del *Mesnagier* presenta cierta originalidad al alejarse en ocasiones de la historia bíblica para completar alguna escena o justificar un comportamiento contrario a las virtudes y dar más coherencia al personaje como modelo de buena esposa. Así para justificar el maltrato de Sara sobre Agar, después del desprecio de esta última tras su embarazo, el autor del *Mesnagier* recurre a un dicho (“Qui essausse son serf il en fait son ennemy”, p. 162) que, en resumen, a partir de la advertencia de los peligros de la permeabilidad de la frontera entre amos y esclavos, defiende la separación de ambos grupos sociales. Más adelante, para disipar la idea de aquellos que podrían pensar que Sara expulsó a Agar y su hijo Ismael por maldad o envidia, nuestro autor recuerda que la *Biblia* justifica esta acción de Sara por el mal comportamiento de Ismael hacia Isaac y el temor certero de que, en el futuro, este comportamiento aumentaría y aquel terminaría desheredando a su hijo. Guiado por este afán de disculpa, el autor medieval completa la explicación con una visión profética

² Brerenton, G. E. y Ferrier, J. M. (Ed). (2010). *Le Mesnagier de Paris*. París: Le livre de Poche. Lettres Gothiques. Esta es la edición usada para todas las citas de este tratado.

³ Dado que la finalidad de este tratado de educación no es otro que preparar a las “lectrices-auditrices à vivre leur vie conjugale selon les normes en vigueur, en relevant les chapitres ou les passages qui traitent des devoirs envers l’époux” (Lorcin, 1993, p. 235), el autor del *Mesnagier* no presenta otras inquietudes que lo alejen de este propósito y, por ello, no se detendrá a justificar el carácter cuestionable de las razones de Abraham para presentar a su esposa como su hermana.

donde Sara ve a Ismael adorar pequeñas imágenes e intentar que Isaac también las adore (pp. 166-67). A este respecto hay que decir que en el libro del *Génesis* (21) se habla efectivamente de las burlas de Ismael, pero no se menciona nada acerca de las figurillas de tierra.

Finalmente, otra particularidad se basa en deseo del autor del *Mesnagier* de explicar el episodio de la risa de Sara (Gn XVII, 12-15)⁴, que puede interpretarse como un signo de escepticismo con respecto al poder de Dios. El motivo de la risa parte de la siguiente reflexión del personaje: “Je suis vieille et ancienne, et Abraham aussi. Comment pourray je avoir enfant?” (p. 164). Esta risa de Sara no se encuadra en la risa social de la que habla Bergson (1940) porque, hay que recordarlo, ella está sola fuera de la tienda donde Dios habla con Abraham y oír accidentalmente la conversación entre ambos. Se trata pues de un gesto solitario que surge inconsciente al percibir el desfase, la incoherencia, entre lo que Sara oye anunciar (concebirá un hijo) y la realidad (su edad avanzada que la convierte en una anciana). Pese a que, en el fondo, se puede pensar que pone en duda el poder de Dios, la risa de Sara surge de la sorpresa y, en parte, muestra la satisfacción del personaje por la posibilidad de la materialización de un deseo. Sin embargo, ante el temor del reproche de Dios por haberse reído, Sara niega su gesto. El autor, basándose en el texto bíblico (Gn XXI, 3-6), hará que sea la propia Sara quien se explique: “Lors dit Sarra par moult grant joye: Dieu m’a faite rire, et tous ceulx et celles qui orront dire que j’ay enfanté riront aussi avec moy. Qui creront, dit elle, Abraham, se il disoit que Sarre alaistat ung enfant qu’elle aroit enfanté en sa vieillesse?” (p. 164). Este deseo de justificar la reacción de Sara parece responder a la voluntad de disipar cualquier duda acerca del motivo y la naturaleza de su risa en una época en la que existía una tradición eclesiástica, cuyo origen estaba en la propia *Biblia*⁵, que atribuía a la risa un carácter peligroso, del que en ocasiones se hará eco la literatura vulgar (Ménard, 1969, p. 420). A este respecto, hay que recordar la existencia en hebreo de dos términos para aludir a la risa. Uno se refería a la risa alegre, libre, “sâkhaq” (del que toma su origen al nombre del hijo de Sara, Isaac) y otro a la risa burlona, despreciativa, “lâag” (Le Goff, 1989, p. 7). Estos dos tipos de risa siguieron su recorrido independiente en la Edad Media pero, como el francés, de igual manera que el latín, no las distinguía con dos palabras diferentes, en ocasiones se hacía necesario explicarlas en el texto, tal como siente que debe hacer el autor del *Mesnagier*.

Al final del relato se completa la enumeración de las virtudes de Sara insistiendo en el gran amor, confianza y obediencia que le profesa a su marido (p. 166).

⁴ Por su parte, la risa de Abraham, provocada por el mismo asunto, que también está presente en el *Génesis* (XVII, 17), no aparece mencionada en este tratado ni, por lo tanto, será motivo de disculpa.

⁵ En la *Biblia*, la risa está generalmente asociada a sentimientos o estados negativos como la duda (*Génesis* XVII, 17; XVIII, 12-1; XXI, 3-6), la burla (*Proverbios* I, 26; *Habacuc* I, 10; *Daniel* XIV, 7 y 19), la necedad (*Eclesiástico* XXI, 23; XXVII, 14), la locura (*Eclesiastés* II, 28) o la tristeza (*Eclesiastés* VII, 3-6). Solo de manera puntual la risa aparece asociada a rasgos positivos como la esperanza en el elogio de la mujer fuerte (*Proverbios* XXXI, 25) o, de manera indirecta, se habla de ella a través de la defensa de la alegría (*Eclesiástico* XXX, 22-25).

Y, para cerrar el retrato de los méritos del personaje, se incluye un lugar común literario: el autor no quiere extenderse más en los actos de magnanimidad y modestia de Sara ya que “il me semble que ce seroit trop longue recitation” (p. 168).

Sara también aparece mencionada en el tratado que, dentro de la tradición didáctica de instrucción de la nobleza, Geoffroy de La Tour Landry compone para facilitar a sus hijas el aprendizaje del comportamiento adecuado a su rango (Velissariou, 2009, pp. 74-75). Para ello, tal como desvela en el prólogo, llevado por el gran amor que siente por sus hijas, escribe el libro para enseñarles cómo “elles se doyvent gouverner et le bien du mal dessevrer”, (p. 4)⁶. Para realizar este “exemplaire”, ordenará traer entre otras obras “la Bible, Gestes des Roys et croniques de France, et de Grèce, et d’Angleterre et de maintes autres estranges terres” de donde extraerá todo lo que considera “bon exemple” (p. 4). De esta manera, usará el ejemplo de Sara en el capítulo IIIXXII, donde comienza la parte dedicada al tema de las mujeres buenas (“Cy laisse à parler des mauvaises femmes et parle des bonnes et de leur bon gouvernement, comme la sainte escriture les loe”, p. 162-3). Se trata de un capítulo breve donde se describen las virtudes de Sara que la convierten en una buena y humilde dama a quien, según destaca Geoffroy de La Tour, Dios protegió por su santidad cuando cayó en manos del Faraón. Se nos dice que después sufrió en su vida mucha vergüenza y dolor, pero, por su fe, lealtad, amor hacia su señor y humildad, después de más de cien años de infertilidad, Dios le concederá un hijo, Isaac, del que descenderán los doce linajes.

En este tratado, la parte dedicada a Sara es bastante breve porque no se narra su historia sino solo se presentan las virtudes del personaje que permiten a *Le Chevalier de la Tour* fundamentar el ejemplo que quiere dar a sus hijas. De nuevo, de entre las virtudes que deben adornar a la mujer, se destacan aquellas que ha de poseer la buena esposa porque ella es la receptora a quien se dirige este tratado, tal como aparece explicitado en el párrafo que precede al índice: “Cy commence la table du livre intitulé du chevalier de la Tour, qui fut fait pour l’enseignement des femmes mariées et à marier” (p. LVII).

Por otro lado, dentro del marco de las relaciones conyugales de la época, se comprueba que la idea de sumisión de la esposa al marido, presente tanto en el tratado del *Mesnagier* como en el de *Le Chevalier de la Tour Landry*, evidencia por parte de ambos autores una posición clara en favor del poder del marido cuya voluntad prima sobre cualquier otro deber de la mujer incluido el religioso, lo que deja claro que “[...] dans l’éternel débat sur la responsabilité individuelle, ils interposent le pouvoir du mari entre la femme et Dieu” (Lorcin, 1993, p. 241).

Finalmente, Sara también aparece en el *Livre de la Cité des Dames* de Christine de Pizan, obra que pretende desmontar los principales argumentos misóginos de la época y en especial los que se encuentran en el *Roman de la Rose* de Jean de Meun y en el *Liber Lamentationum Matheolu* de Mateolo. Con este fin, el discurso de Christine de Pizan tendrá el propósito de demostrar que “les actions

⁶ Montaignon, M. A. de (Ed). (1982). *Le livre du Chevalier de la Tour Landry pour l’enseignement de ses filles. Publié d’après les manuscrits de Paris et de Londres*. Nueva York: Kraus Reprint [París, 1854]. Esta es la edición usada para todas las citas de este libro.

des femmes, loin de confirmer les calomnies des auteurs misogynes, les réfutent complètement” (Brown-Grant, 1995, p. 476).

El tratado de Pizan sigue el modelo, frecuente a finales de la Edad Media, de catálogo exclusivamente dedicado a mujeres y se inspira especialmente en *De claris mulieribus* de Boccaccio, obra de la que “elle n’emprunta [...] pas moins des trois quarts de ses exemples” (Jeanroy, 1922, p. 94), lo que, por otro lado, era relativamente habitual en esta época. Sin embargo, entre estos préstamos no se encuentra el caso de Sara, que Christine de Pizan une al de Susana, Rebeca y Ruth para ilustrar el tema de la castidad, ya que los personajes femeninos de la *Biblia* no formaban parte del repertorio de Boccaccio.

Christine de Pizan habla de Sara en el capítulo XXXVIII de la segunda parte, después de haber presentado el ejemplo de Susana, concretamente en el momento en que la autora pretende demostrar la falsedad y el error de las acusaciones misóginas relativas a la ausencia de mujeres bellas y castas. Frente a los escritores cristianos que como Ambrosio de Milán o Tertuliano señalan el peligro de la combinación belleza y castidad, Christine de Pizan considera a Sara un buen modelo para demostrar que ese peligro no existe y que puede darse el binomio belleza y castidad. Con este fin, solo selecciona el episodio del Faraón sin acompañarlo de ningún tipo de explicación. De esta forma, se limita a señalar que el Faraón, seducido por su gran belleza (“Elle fut d’une si grande beauté qu’elle surpassait toutes les femmes de son temps”, p. 182)⁷, rapta a Sara. Sin embargo, la virtud del personaje femenino sobrepasaba su enorme belleza y por eso será protegida por Dios frente a los deseos Faraón, quien, acosado por todo tipo de males, tendrá finalmente que devolverla a su esposo.

Aunque Christine de Pizan justifica su breve presentación de los méritos de Sara por medio del topos del deseo de no hacer largo el relato (p. 182), el verdadero motivo de realizar una selección de la historia y de los méritos del personaje responde a su interés por apuntalar su discurso contra la misoginia y por narrar los pasos de la construcción de la ciudad ideal (Cropp, 1995, p. 205). Por esta razón, dado que para el prejuicio que pretende rebatir en su tratado solo le interesa el binomio belleza y castidad en Sara, esta autora va a seleccionar el episodio del Faraón porque constituye el momento en el que esta última virtud estuvo a prueba y, al salir intacta, le sirve para reforzar su argumentación.

En definitiva, belleza, castidad, sumisión y obediencia son las cualidades que caracterizan a Sara, esposa de Abraham. En la vida de Sara podemos destacar dos hitos determinantes: el episodio con el Faraón de Egipto y la entrega a su esposo de su esclava Agar para que asegure la descendencia. En el primero de ellos nos encontramos con una Sara hermosa, obediente y, como destacan Agustín y Ambrosio de Milán, también casta. En el segundo de ellos, Sara no duda en proponerle a su esposo que se acueste con Agar para que esta engendre un heredero, continuador del linaje que vaticinaba el dios Yahvé.

⁷ Christine de Pizan, *Le Livre de la Cité des Dames*. Hiks, E. y Moreau, T. (trad.). (2000). París: Éditions Stock. Esta es la edición usada para las citas de este libro.

Pero también encontramos crueldad y celos en su relación con Agar. La fecundidad se convierte en la vara que mide la valía de ambas mujeres; Sara de condición libre disminuye en su feminidad con respecto a Agar de condición esclava que encuentra el arma que la pone por encima de su señora.

Los Padres de la Iglesia destacan las bondades de Sara para elevarla del ámbito terrenal al celestial simbolizando en ella las cualidades de las mujeres cristianas. La fecundidad lograda por intervención divina consigue que se la compare con María.

Por su parte, en lo que se refiere a los tratados medievales, se puede decir que a ninguno de los tres autores estudiados le interesa la historia de Sara tal como la presenta la *Biblia*, fuente de todos ellos. No les interesa, por lo tanto, la participación de este personaje en la constitución del pueblo judío ni su participación en su historia ni en su salvación. Nuestros autores se limitan a seleccionar aquellas virtudes y episodios de la historia de Sara, ya destacados por los escritores cristianos, que convienen a la finalidad que cada uno quiere dar a su obra. De esta manera, tanto el autor del *Mesnagier* como Le Chevalier de la Tour Landry, si bien el primero de manera más exhaustiva que el segundo, muestran a las jóvenes receptoras de sus textos un modelo de buena esposa por medio del ejemplo de Sara. Para ello, insisten especialmente en la castidad, la sumisión y la obediencia que este personaje demostró en todo momento a su marido. En el caso de Christine, cuyo texto se dirige a un público femenino más maduro, no se van a destacar directamente las virtudes de buena esposa de Sara sino que se eligen aquellos rasgos del personaje que sirven a la autora como apoyo a su rechazo del prejuicio misógino sobre la frágil castidad de las mujeres, especialmente de aquellas que son bellas.

Como vemos, estos tratados medievales, caracterizados por constituir un discurso narrativo en primera persona, pretenden destacar el papel de la mujer como buena esposa o, en el caso de Christine de Pizan, reivindicar la existencia de grandes virtudes en las mujeres. En todo caso, en el rompecabezas particular de ejemplos que cada uno de estos tres autores arma y entre los méritos que seleccionan para argumentar sus tesis, todos coinciden en reducir a Sara, de manera explícita o implícita, a un paradigma femenino de bondad, lealtad, modestia y castidad.

Referencias bibliográficas

- Bremer, M. (1967-1968). La mujer en la Biblia. *Miscelánea de estudios árabes y hebraicos*, 16-17, 35-51.
- Brown-Grant, R. (1995). Des hommes et des femmes illustres: modalités narratives et transformations génériques chez Pétrarque, Boccace et Christine de Pizan. In L. Dulac y B. Ribémond (Ed), *Une femme de lettres au Moyen âge. Études autour de Christine de Pizan*. Orleans: Paradigme.
- Calduch-Benages, N. (2008). Las mujeres bíblicas: rastreando sus huellas. *Scripta Fulgentina*, 18 (35-36), 7-22.
- Cropp, G. M. (1995). Les personnages féminins tirés de l'histoire de la France dans le Livre de la Cité des Dames. In L. Dulac y B. Ribémond (Ed), *Une femme de lettres au Moyen âge. Études autour de Christine de Pizan*. Orleans: Paradigme.
- Estévez, E. (2004). Iconos bíblicos de maternidad. De una lectura esencialista a una recuperación liberadora. *Sal Terrae*, 92, 803-815.

- Jeanroy, A. (1922). Boccace et Christine de Pisan: le De claris mulieribus, principale source du Livre de la Cité des Dames. *Romania*, 48 (189), 93-105.
- Le Goff, J. (1989). Rire au Moyen Age. *Les Cahiers du Centre de Recherches Historiques*, 3, 1-10. Recuperado de <http://ccrh.revues.org/2918>.
- Lorcin, M.-T. (1993). L'école des femmes: les devoirs envers le mari dans quelques traités d'éducation. *Cahiers du CRISIMA*, 1, 233-248.
- Ménard, P. (1969). *Le rire et le sourire dans le roman courtois en France au Moyen Âge*. Ginebra: Droz.
- Velissariou, A. (2009). Comment elles se doyyent contenir: règles de conduite et codes gestuels dans le Livre du Chevalier de La Tour Landry pour l'enseignement de ses filles. *Le Moyen français*, 65, 53-78.

Resumen

Sara es conocida como esposa y madre. Esposa del patriarca Abraham y madre de Isaac, otro patriarca del pueblo de Israel. Su marido la arrastró a una vida nómada, junto con otros familiares, a la búsqueda de la tierra prometida. Los autores cristianos destacan aquellos atributos que servirán de inspiración y modelo a las mujeres creyentes: belleza, castidad, obediencia y sumisión. Además, a partir de una lectura simbólica del libro del Génesis, conciben a Sara como una prefiguración de la virgen María. Los tres autores franceses, cuyos textos forman parte de nuestro corpus, le dan un tratamiento distinto, pero siempre como un ejemplo: de humildad y lealtad, según el Caballero de La Tour Landry, virtudes por las que Dios salvó su alma; o de bondad, santidad y castidad para el *Mesnagier* y para Christine de Pizan. Analizaremos igualmente la función que cumple en estos tres textos, así como la evolución que siguió este estereotipo hasta convertirse en un ejemplo de virtud arraigado en la sociedad medieval.

Abstract

Sarah is known as a wife and as a mother. She was married to Abraham, and she was the mother of Isaac, both patriarchs of Israel. Her husband led her to a nomadic life, together with other family members, in search of the Promised Land. Christian authors highlight those attributes that will serve as inspiration and example for women believers: beauty, chastity, obedience and submission. In addition, from a symbolic reading of the book of Genesis, they conceive Sara as a prefiguration of the Virgin Mary. Although the three French authors, whose texts are included in our corpus, show her as an example, they treat her differently. For Chevalier de la Tour Landry, she embodies humbleness and loyalty, the virtues why God saved her life; according to both *Mesnagier* and Christine de Pizan, Sarah represents kindness, saintliness and chastity. We will examine the role she plays in these three texts, as well as the development of the stereotype until becoming a rooted example of virtue in medieval society.